

## LA SOLEDAD EN LA ONTOLOGIA DE MIGUEL DE UNAMUNO \*

Entre los numerosos pasajes de Unamuno que nos hablan de sus exploraciones al mundo interior, hay uno que merece especial atención. Se trata de un pasaje de su ensayo *La casta histórica Castilla* y dice lo siguiente:

En nuestro mundo mental flotan grandes nebulosas, sistemas planetarios de ideas entre ellas, con sus soles y sus planetas y satélites y aerolitos y cometas erráticos también; hay en él mundos en formación y en disolución otros, todo ello en un inmenso mar etéreo, de donde brotan los mundos y adonde al cabo vuelven. El conjunto de todos estos mundos, el universo mental, forma la conciencia, de cuyas entrañas arranca el rumor de la continuidad, el hondo sentimiento de nuestra personalidad. En lo hondo, el reino del silencio vivo, la entraña de la conciencia; en lo alto, la resultante en formación, el yo conciente, la idea que tenemos de nosotros mismos.

Hay, por lo menos, dos maneras de interpretar este pasaje.

Una es considerarlo como una bella imagen (o conjunto de imágenes) que puede ayudar a una mejor comprensión de las ideas de Unamuno que anteceden o suceden al pasaje en cuestión. Esto ya se ha hecho muchas veces y no creo que fuera ahora necesario rehacer este camino.

Otra posibilidad sería tomarlo en su sentido literal y visualizarlo a diversos niveles. De ser así, se convertiría en una hipótesis de trabajo que podría simplificar enormemente la tarea de captación del núcleo mismo del pensamiento de nuestro autor. Vamos, pues, en lo que sigue, a manejar esta hipótesis para ver hasta dónde puede conducirnos.

### I.—LA ESTRUCTURA BINARIA

El sentido literal del pasaje contiene varias implicaciones que nos deparan no pocas sorpresas. En efecto, si nuestro mundo mental reproduce dentro de sí el universo cosmológico, esto significa:

\* Conferencia pronunciada en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de París-X. Nanterre, 21 de mayo de 1975.

1) Que existe una *continuidad* entre lo exterior y la interioridad del hombre. No existe la famosa división entre extensión y pensamiento puesta de moda a partir de Descartes y los ocasionalistas.

2) Si se produce una *alteración* en algún punto de este continuo —o mejor aún en alguna “instancia” del mismo: usemos la palabra “instancia” para evitar la identificación del continuo con el espacio— dicha alteración influiría sobre la totalidad del continuo. Pongamos un ejemplo. Si mi memoria registra un hecho, este registro produciría una alteración en todo el continuo, pues el continuo de alguna manera debe tener memoria, porque si él no la tiene, yo tampoco la tengo. (Si Baltasar Gracián estuviera presente diría, sin duda, que el continuo debería tener por lo menos una cualidad: infinita paciencia para poder tolerar toda la necedad humana). Ahora bien, esto significa que el continuo registraría el nuevo hecho por toda la eternidad, puesto que en un continuo se pueden producir nuevas situaciones pero jamás pueden desaparecer situaciones ya producidas, pues, de lo contrario, el continuo dejaría de ser tal. Si dentro de un continuo desaparece una situación, esto simplemente significa que mi conciencia es limitada y que la situación ha salido del campo de mi conciencia. Pero salir no es desaparecer. Pongamos un ejemplo visual. Yo puedo siempre agregar nuevos puntos al continuo de espacio, pero jamás puedo suprimir puntos del espacio ya visualizado. Si los suprimo, suprimo también el espacio mismo.

3) La formación de nuestro mundo mental reproduce el proceso de formación de las galaxias y los procesos formativos que acontecen en el espacio inter-galáctico. Ahora bien, parece ser que la formación más primitiva que observamos en el Universo es la del átomo de *hidrógeno*. El Universo no es una gigantesca esfera de lotería en donde las balotas que contienen los números se mueven al azar y, al azar, se produce el premio. Por el contrario, el Universo produce desde el principio una *estructura binaria* muy precisa: en el átomo de hidrógeno, un electrón gira alrededor de un protón y ambos se relacionan por un sistema de fuerzas. Más preciso aún sería decir que el electrón gira alrededor del protón, y, a su vez, éste alrededor del primero y ambos alrededor de un punto matemático que *no existe* (1), pero que, sin existir en sentido cuantitativo, determina *cualitativamente* la estructura binaria. Parece ser que, más tarde, se produce este mismo proceso en la formación de las estrellas: las nubes galácticas muestran una marcada tendencia a producir estrellas dobles. El Universo es una Gran Madre que engendra gemelos, hombre y mujer, positivo y negativo, como en el átomo de hidrógeno. Simbólicamente, esto es lo que Plutarco nos da a entender al explicarnos el mito de Isis y Osiris. No es, pues, una coincidencia que por miles de años diversas civilizaciones hayan asimilado esta imagen primordial dentro de sus religiones: Ishtar, Astarte o Isis aparecen como figuras femeninas coronadas con un sol (o luna) que se

sostiene sobre sus cabezas entre dos cuernos. Lo que quiere simbolizar que la energía, la fuerza, el impulso creativo primordial (sol), para manifestarse, se desdobra, se polariza en dos opuestos, en lo positivo y lo negativo (cuernos).

## II.—LO BINARIO EN UNAMUNO

Los comentaristas de Unamuno recurren con frecuencia a esta concepción binaria cuando hablan de su “tensión dialéctica entre el todo y la nada”, o de su “conciencia de contradicción”, o de su “conflicto”, aspectos que siempre presenta el pensamiento de nuestro autor.

A simple vista, esta concepción binaria aproximaría el pensamiento de Unamuno al de otros autores como Heráclito o Hegel que también hablan de la tensión entre los opuestos. La realidad, como diría Heráclito, es una guerra entre la vida y la muerte, entre el día y la noche, entre el ser y la nada.

Sin embargo, este fácil paralelismo podría conducir a falsear el pensamiento de Unamuno y los comentaristas se cuidan mucho de no caer en esta trampa.

François Meyer en su libro sobre *La ontología de Miguel de Unamuno*, comienza con esta aclaración:

Este tema de la estructura antitética del pensamiento y del ser es, en Unamuno, plenamente consciente y traído a propósito: incluso llega a servirle de introducción a su primer libro de cierta importancia, *En torno al casticismo*, que viene a ser el primer mensaje, la primera idea con que el lector de Unamuno se topa al entrar en contacto con su obra: “Me conviene también prevenir a todo lector respecto a las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y a las *contradicciones* que le parecerá hallar. Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio* por el método de remoción, *via remotiois*, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método: el de la afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha. Tenga, pues, paciencia cuando el ritmo de nuestras reflexiones tuerza a un lado, y espere a que su ondulación tuerza al otro y deje se produzca así en su ánimo la resultante, si es que lo logro”. (*La ontología de Miguel de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1962, p. 12).

Por su parte, José Ferrater Mora en su libro *Unamuno, bosquejo de una filosofía*, procura disipar toda tentación de relacionar los opuestos mediante una manera cuantitativa o mecánica:

La relación en que se encuentran entre sí los elementos del Universo, desde Dios al más miserable de los seres, es, por consiguiente, no una

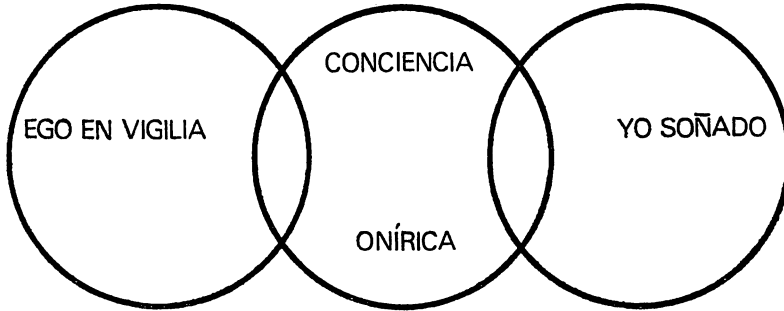
relación de causa a efecto, ni, desde luego, una relación de principio a consecuencia, sino una relación de *soñador a soñado*. Por eso dice Unamuno que la existencia humana y, con ella, el mundo no son productos de una emanación necesaria ni de una creación arbitraria, sino de un amor que es sueño, pues sólo mediante el sueño puede darse origen a aquello que es verdaderamente amado. (*Unamuno, bosquejo de una filosofía*, Buenos Aires, Losada, 1944, p. 64, el subrayado es mío).

Como se observa fácilmente, se trata de relacionar los opuestos no mediante un proceso de tesis, antítesis y síntesis, como hacían los hegelianos, sino simplemente mediante un proceso de separación: separar para unir como hace la soledad, según veremos más adelante. Volviendo a la imagen del sistema binario del átomo de hidrógeno —donde el electrón y el protón giran alrededor de un punto matemático— podríamos decir que los hegelianos nos explican este átomo procediendo como el coloso de Rodas: ponen un pie sobre el electrón y otro sobre el protón y, después, proceden a juntar los dos pies para que el electrón y el protón se disuelvan en una unidad superior: la síntesis. Por el contrario, Unamuno muestra una predilección por poner sus dos pies sobre el centro matemático de gravitación sobre el cual giran el electrón y el protón y no da señales de separar sus pies para alcanzarlos. Lo que hace es algo diferente: dejando un pie sobre el centro matemático, separa el otro para alcanzar el electrón. Hecho esto, vuelve a juntar sus pies. Después, separa el otro pie y toca el protón. Vuelve a juntarlos y así indefinidamente.

Esta imagen —con las limitaciones propias de toda imagen: ya la superaremos más adelante— nos ayuda, sin embargo, a comprender mejor la posición que toma Unamuno frente al misterio del ser. No se trata en él de tomar partido en favor del ser o de la nada, de lo positivo o de lo negativo, sino de mantenerse siempre dentro del *plano de la conciencia de contradicción entre los extremos*. Esta conciencia no es el resultado de la síntesis de dos términos contradictorios, ni tampoco de una adición mecánica de los mismos, sino que es anterior en naturaleza a los dos términos en cuestión. Creo que es esta circunstancia la que impulsa a Unamuno a utilizar la relación de *soñador o soñado* para explicar la estructura antitética del ser. En efecto, un sueño tiene, en mayor o menor grado, por lo menos las siguientes condiciones:

1) La conciencia onírica, la conciencia del soñador, es diferente a la conciencia del ego en vigilia por cuanto es fundamentalmente una conciencia *desdoblada*: en un sueño yo me veo a mí mismo y me sorprendo de verme. A veces me juzgo a mí mismo, lo que indica que la conciencia onírica está a *medio camino* entre la conciencia del ego en vigilia y la conciencia del yo que actúa en el sueño. Paradójicamente, en el sueño yo soy y no

soy yo mismo. Y el yo soñado es y no es parte integrante de la conciencia onírica. Gráficamente la conciencia onírica quedaría explicada así:



Este esquema de la conciencia onírica ofrece un curioso paralelismo con la imagen del átomo expuesta más arriba y correspondería al centro matemático de gravitación del mismo. La conciencia onírica reproduce, por analogía, la estructura binaria primordial del cosmos.

2) La conciencia onírica no se rige por las *categorías* lógicas de espacio, tiempo y causalidad del ego en vigilia. Pero tampoco abandona del todo estas categorías, pues se “sorprende”, “aprueba” o “reprueba” las situaciones del yo soñado.

3) Lo que es aún más sorprendente, la conciencia onírica posee un registro especial de *memoria*. Ella permite recordar, dentro de un sueño, situaciones o paisajes aparecidos en un sueño anterior y compararlos. Por ejemplo, yo con frecuencia sueño que tomo un ascensor para subir al piso superior de un edificio. El ascensor comienza a subir en sentido vertical, pero, súbitamente, comienza a marchar en sentido horizontal. Me ha sucedido, también con frecuencia, en una noche posterior, soñar que tomo un ascensor y antes de que éste comience a marchar me digo: “Al llegar más arriba este ascensor marchará en sentido horizontal”, cosa que en efecto sucede.

4) Las tres condiciones anteriores implican la necesidad de suponer un *continuo de conciencia* que se manifiesta simultáneamente en tres provincias colindantes: el ego en vigilia, la conciencia onírica y la conciencia del yo soñado. No es éste el momento de hacer especulaciones, pero es muy probable que la conciencia onírica, al ser desarrollada, se convierta en una supraconciencia que envuelva a las tres manifestaciones anteriores, así como el continuo de espacio envuelve los centros matemáticos de gravitación de todos los átomos del Universo.

Ahora bien, la instancia que está más cerca de esta conciencia de con-

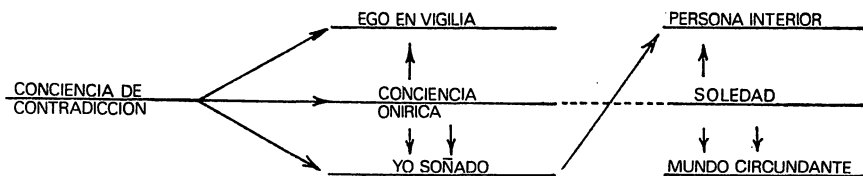
tradición que presenta la estructura binaria de la conciencia onírica, es la *soledad* tal como la entiende Unamuno:

Sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo..., sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. (UNAMUNO: *Soledad*, 1905).

La soledad es un recogimiento dentro de sí y, al mismo tiempo, una trascendencia hacia los otros, así como la conciencia onírica es un recogimiento dentro de la conciencia del ego en vigilia y, al mismo tiempo, una trascendencia hacia el yo soñado.

Creo que este paralelismo nos puede dar la clave para encontrar la base de la dialéctica de la soledad en el pensamiento de Unamuno, dialéctica que no es privativa de la soledad sino que sería válida para los diversos niveles del ser.

Podríamos decir entonces que la conciencia de contradicción, básica para todos los niveles del ser, apunta hacia tres direcciones: hacia el ego en vigilia, hacia la conciencia onírica, y hacia el yo soñado. Pero con una reserva: la conciencia de contradicción permanece siempre en el *mismo* nivel de ser que la conciencia onírica. La conciencia de contradicción, la conciencia onírica y la soledad son, en realidad, tres momentos de un mismo plano. Las tres son diferentes, pero, paradójicamente, son iguales. Entre las tres se da una relación semejante a la que existe entre el ego en vigilia y el yo soñado:

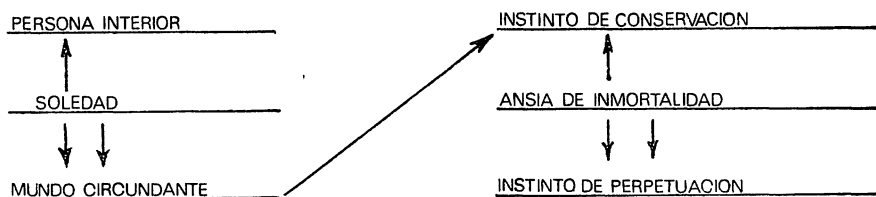


Conviene explicar este esquema para así poder distinguir con mayor claridad la diferencia que existe entre la dialéctica de tipo hegeliano y la dialéctica de Unamuno. Al mismo tiempo, arroja una mejor luz sobre la imagen de Unamuno con sus dos pies sobre el centro matemático de gravitación del átomo que usamos más arriba, imagen que al ser tomada en sentido demasiado literal podría deformar el pensamiento de nuestro autor.

Como hemos dicho, la conciencia onírica muestra dentro de sí un impulso que la expande en dos direcciones opuestas: una hacia el ego en vigilia y, otra, hacia el yo soñado. Si esta historia terminara aquí, la conciencia onírica se quedaría como el borrico de Buridan que se murió de hambre y de sed por no poder decidirse a comer pasto o a beber agua. Pero no hay tal cosa. La conciencia onírica, en este doble impulso, rebota y vuelve con mayor fuerza sobre el yo soñado. Por esto Unamuno repite con insistencia que nos salvamos no por lo que hemos sido, sino por lo que hemos querido ser. Por esto repite también con insistencia que vivir es escribir la novela de mi vida. Hay un escritor argentino que ha llevado esta idea hacia los límites de lo fantástico: me refiero a *Las ruinas circulares* de Jorge Luis Borges. Como la conciencia onírica vuelve sobre el yo soñado, hemos indicado este movimiento con una doble flecha.

Ahora bien, este proceso no queda encerrado dentro de sus propios límites, sino que, acto seguido, se produce un *salto*: el yo soñado sometido a la presión de la conciencia onírica estalla como una estrella *nova* (otra imagen cosmológica que nos recuerda el pasaje de Unamuno con que comenzamos esta conferencia) y parte de su materia se proyecta hacia otro plano: el plano de la persona interior. Pues bien, dicho plano de la persona interior está, a su vez, engarzado dentro de una estructura binaria análoga a la primera, compuesta de dos extremos (la persona interior y el mundo circundante) y en medio de éstos, la soledad, que, esta vez, repite la función de la conciencia onírica. Y así indefinidamente.

Tomemos otro ejemplo para explicar este mismo proceso. Unamuno se ha referido con insistencia al conflicto entre instinto de conservación (hambre) e instinto de perpetuación (amor). Pues bien, si retomamos nuestro esquema en el punto que lo dejamos, tendríamos nuevamente un diagrama análogo al anterior:



La presión ejercida sobre la vivencia del mundo circundante hace que ésta estalle y parte de su materia forme parte del instinto de conservación (yo deseo sobrevivir en mi mundo circundante). Lo contrario a la autoconservación es mi desbordamiento hacia los otros en mi instinto de perpe-

tuación. Y el centro de gravitación entre estos dos extremos es mi ansia de inmortalidad.

En su libro sobre la ontología de Miguel de Unamuno, François Meyer desarrolla extensamente esta visión del conflicto unamuniano, partiendo de la contradicción entre lo finito (*serse*) y lo infinito (*querer serlo todo*), pero sin caer en la tentación de reducir este conflicto y los que lo siguen a un esquema dialéctico. Esto es comprensible por cuanto los comentaristas de Unamuno sienten verdadero terror de reducir el pensamiento de nuestro autor a un "sistema cerrado".

En honor a la verdad, debemos decir que nuestro intento no lo reduce a un "sistema cerrado", sino que, al contrario, lo deja abierto. Los pares de vivencias contradictorias que presenta Unamuno se pueden ir agrupando los unos al lado de los otros en una línea indefinida, abierta hacia el infinito, como lo acabamos de hacer.

Para formar un "sistema cerrado" sería necesario torcer esta línea recta y convertirla en *anillo*, de tal modo que el filosofar de Unamuno rematara en un *eterno retorno*. Pero esto es imposible para un hombre que siempre estuvo "contra esto y aquello", un gran admirador de Sénancour, un hombre que buscaba el mar abierto de la lucha, del dolor y de la libertad.

WALDO ROSS

*Universidad de Montreal*